

China y su futuro: ¿Reforma o cambio de sistema?

RAMÓN TAMAMES*

**LA RIBERA
ASIÁTICA DEL
PACIFICO**

**HACIA LA
MADURACIÓN
DEMOGRÁFICA**

* Madrid, 1933. Catedrático de Estructura económica. Diputado por Madrid. Miembro del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres (IISS). Grupo de Estudios Estratégicos del Centro Ortega y Gasset.

EN el mundo de los años próximos vamos a tener que prestar una atención cada vez mayor a la orilla occidental del Pacífico, la zona comprendida entre Tailandia y Japón y el estrecho de Torres, que abarca la parte actualmente más activa del planeta: un conjunto de una docena de países —Japón, Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Macao, China, Vietnam, Laos, Camboya, Tailandia, Malasia, Singapur, Indonesia y Filipinas— con apenas un 10 % del territorio de la Tierra, pero que en 1984 suponían el 33 % de su población.

Dentro de ese conglomerado geográfico- demográfico, hay países en situaciones bien distintas: Japón, en los bordes pioneros del desarrollo tecnológico, que se simboliza hoy por su avance hacia la quinta generación en la inteligencia artificial; países de industrialización reciente —los célebres NICs— como Corea del Sur, Hong Kong, Taiwan y Singapur, los llamados «cuatro tigres», superactivos, todos ellos, en el comercio mundial. Y un tercer grupo muy heterogéneo de países, todavía claramente en el Tercer Mundo, cada uno de los cuales busca a su manera su propio futuro de crecimiento económico —para el que tienen los más altos potenciales— cierto que en medio de profundas transformaciones de sus sistemas de organización, y con cambios políticos de gran importancia. Para mayor claridad he preparado un cuadro con informaciones estadísticas de síntesis, desglosadas para Japón y tres áreas: los NICs, Indonesia, y la Zona ASEAN.

El caso de China, al que exclusivamente vamos a referirnos a partir de aquí, es de evidente trascendencia, por su vasta demografía y también por el alto significado que sus mutaciones económicas y sociales pueden representar para lo que convencionalmente, y de forma cada vez más inadecuada, se llama el área de los países comunistas.

Al ocuparnos de China, inevitablemente lo primero que se destaca en cualquier análisis es su inmensa población. A principios del siglo pasado, Napoleón valoraba su magnitud en su célebre frase de «Cuando China despierte, el mundo temblará»; cuyas tres primeras palabras, seguidas de puntos suspensivos, sirvieron de base para uno de los libros más importantes sobre el gran país oriental, escrito por Alain Peyrefitte a mediados de los años 70, cuando se produjo la gran apertura de De Gaulle hacia Mao Tse Tung.

Hoy, a 160 años de la muerte del «Gran Corso»^j, China ha despertado. De eso no cabe duda. Pero no hay razones; de que por ello el mundo vaya a tener que temblar. Aún más, en términos demográficos, China ha adaptado, según veremos, nuevas pautas políticas.

El 11 de julio de 1987 se conmemoró en Pekín —seguramente la única ciudad del mundo donde se produjo una tal celebración— el simbolismo de que en esa fecha el planeta azul en que vivimos rompiera la barrera de los 5.000 millones de seres humanos en su población. En el solemne acto que tuvo lugar en la capital de China, el señor Manfred Kulesa, que representaba a la ONU, puso muy de relieve que si el crecimiento demográfico mundial ha iniciado ya un cierto declive, para situarse en torno al 2 por 100 anual, ello se debe, en lo fundamental, a la política de población seguida en la República Popular China, que desde hace ya años mantiene un control demográfico riguroso en la línea de «sólo un hijo por matrimonio». Esa política —que no se aplica con métodos tan terroríficos como ahora pretenden los reaganitas, al negar a China fondos vía Naciones Unidas para su política demográfica— ha hecho que la población China a mediados de 1987 se cifrara en 1.057 millones de personas; con la esperanza de que al cambiar el siglo no sobrepase los 1.200 millones, para situarse ya desde entonces en la asíntota de la curva logística del crecimiento cero.

Pero más significativo que esa previsión, que por lo demás podría alterárseles importante la estimación según la cual, de haberse mantenido en los últimos 16 años la natalidad que China tenía en 1970, ahora en el país de Confucio y Mao habría 1.260 millones de personas, 200 millones más que hoy.

La política de «sólo un hijo por matrimonio», bastante más flexible de lo que se cree —porque como directriz presenta gran-

**PROS Y
CONTRAS
DEL
SÍNDROME
DE «HIJO
ÚNICO»**

La orilla asiática del Pacífico (1984)

Países	Superficie miles Km ²	Población millones habitantes	PIB miles de millones de dólares	PIB per cápita dólares
JAPÓN	377.7	120.0	1.248.1	10.390
Los NICs:				
Corea del Sur	98.5	40.6	84.9	2.090
Taiwan	35.9	19.4	58.0	3.480
Hong-Kong	1.0	5.3	34.0	6.300
Macao	0.0	0.3	0.7	2.100
CHINA	9.569.9	1.030.1	318.3	310
INDOCHINA:				
Laos	236.8	3.7	0.3	80
Camboya	181.0	7.1	1.7	250
Vietnam	329.5	60.0	57.3	...
ASEAN:				
Tailandia	514.0	50.1	42.7	850
Malasia	329.7	15.2	30.3	1.990
Singapur	0.6	2.5	18.4	7.260
Indonesia	1.904.5	158.9	85.4	540
Filipinas	337.0	53.4	35.0	660
Total Pacífico/Asia	13.943.1	1.566.6	2.015.1	1.286.9
A. Total mundial	135.528.2	4.761.9	12.722.4	2.671.7
B. % sobre A	10.3	32.9	15.8	...

Fuente: Anuario El País. 1987.

ASEAN: Asociación de Naciones del Sudeste Asiático.

des holguras en las zonas rurales menos pobladas y en las regiones autonómicas con minorías no chinas importantes— tiene una consecuencia importante para sus efectos psicológicos y educativos; al tiempo negativos y positivos. Es el síndrome, podríamos decir, del «hijo único». En el sentido de que el vastago en solitario puede ser objeto de un excesivo amor y atención por parte de sus padres, creándose así las condiciones de su desmesurado protagonismo desde la cuna. Claro es que tales circunstancias pueden compensarse, y así se está intentando hacerlo, con una política educativa adecuada que va desde las guarderías hasta las universidades. Como también es verdad —el lado quizá positivo de la cuestión— que las nuevas generaciones de chinos van a tener capacidades verdaderamente asombrosas, precisamente por lo que representa el cuidado que reciben desde su más tierna infancia en todo lo relativo a aprendizajes físicos y mentales.

Pero evidentemente, las decisiones en demografía, no pueden tener resultados ni milagrosos, ni inmediatos, Y China se enfrenta actualmente a un nuevo *baby-boom*, como consecuencia de las altas natalidades de los años 60 y principios de los 70. Por ello, de aquí al año 2000 los crecimientos de población van a ser todavía muy importantes, a pesar de que la política haya dado un giro de 180 grados, pasando del natalismo más increíble, que se manifestó aún en la Conferencia Demográfica de Bucarest de 1974, a la política de control riguroso de nacimientos, que ya se puso de relieve oficialmente, diez años más tarde, en el Congreso Demográfico del México de 1984. Por lo demás, las tendencias demográficas actuales parece que seguirán en los próximos decenios, pues el hecho fundamental para ello está ahí en plena evidencia: la incorporación femenina al trabajo, y la plena equiparación con el hombre, en lo que desde 1949 fue la gran conquista que Mao aseguró a todas las mujeres chinas que durante siglos habían estado sometidas a la más abyecta condición dual de «animal objeto» —con sus pies vendados— y de «animal de carga» para los trabajos más duros.

**VIENTOS
DEL OESTE:
LOS CHINOS
DE
ULTRAMAR**

También dentro del área de lo demográfico, y con una importancia innegable, debe tomarse nota de la importancia de los chinos de ultramar. En sucesivas oleadas emigratorias, China ha desplazado un gran volumen de su población hacia todo el Sudeste asiático, a los archipiélagos más próximos de Filipinas, Indonesia, etc., sin olvidar los grandes efectivos de origen chino en América, y especialmente en Estados Unidos. Hoy en Pekín se distingue entre los *compatriotas* de Taiwan, Hong Kong y Macao, y los *chinos de ultramar*, del resto del mundo. Pero todos son tratados con el mismo sentimiento de que forman parte de una vasta y casi ubicua nación; y por ello, aunque estén al margen de sus fronteras, la República Popular les dedica lo mejor de sus pensamientos —como igualmente sucede lo recíproco—, lo cual se traduce en las inestimables ayudas exteriores que China recibe para transformarse en una gran potencia con un futuro brillante. Los chinos regalan universidades completas a sus ciudades natales, invierten en las zonas económicas especiales, difunden los productos chinos en sus países de residencia, y contribuyen a crear el ambiente de

China como país pacífico, taller inconmensurable de producciones, y laboratorio experimental para un sistema económico menos comunista y más de economía mixta.

En la misma línea se mueven los intereses de Pekín a la hora de facilitar, cada vez más, las largas estancias de sus estudiantes en otros países, en una política que recuerda mucho a la de la revolución Meiji en Japón durante el último tercio del siglo XIX; cuando los nipones decidieron asimilar en un tiempo *record* lo más importante de la tecnología occidental. Sobrarán los comentarios al respecto, con sólo resaltar que China tiene en estos momentos un total de 22.000 jóvenes estudiantes en Estados Unidos, perfeccionándose en distintas vocaciones y futuras especialidades. Como comparación, baste recordar que los jóvenes soviéticos en esa situación no alcanzan al centenar.

De forma más o menos explícita en el exterior, y algo parecido se da a entender en el interior de China, todos hablan de una segunda revolución china, o de la revolución de Den Xiao Ping. La primera revolución fue la que impulsó Mao, para transformar un sistema de capitalismo con todavía grandes vestigios feudales y Veo-colonialistas, en un sistema socialista camino del comunismo. En una apreciación tan rápida como preliminar de la actualidad, son muchos los que piensan que la segunda revolución viene a plantear la sustitución del socialismo todavía no alcanzado —y mucho menos el comunismo— por un retorno a fórmulas mixtas que aceptan un cierto capitalismo «suavizado»; por mucho que la antes nefanda palabra se trueque ahora por expresiones del tipo de «utilización-del-mercado-junto-a-la-planificación-para-átender-a-las-necesidades-populares».

La formulación oficial del actual proceso de cambio político y social en China, se basa — siguiéndose todavía la pauta pedagógica maoísta de las enumeraciones— en las cuatro modernizaciones: agricultura, industria, ciencia y tecnología. El objetivo final de esas cuatro modernizaciones se desprende de connotaciones ideológicas («¿Qué más da que el gato sea blanco o negro, si sirve para cazar ratones?», en frase de Den) con el resultado de que su objetivo final está poco claro. ¿Será el retorno definitivo a un sistema de economía mixta, con tan fuerte presencia del sector privado y con tan elevada participación de la inversión exterior que toda referencia al socialismo sea meramente hueca? ¿O encontrará China una fórmula de equilibrio en la que sin desmontarse los fundamentos de una estructura socialista funcionen los dispositivos necesarios a fin de conseguir suficiente eficacia para lograr el bienestar que se está buscando? Por ahora, no hay respuesta segura a ese interrogante.

Los objetivos a largo plazo no se prefiguran con una mínima claridad. El propio Mao, que parecía estar tan seguro de todo, no ocultó sus dudas sobre cuál podría ser el final. Como él mismo comentó en cierta ocasión, concretamente en 1965, a el gran sinólogo Edgar Snow, los chinos que por entonces tenían 20 años, no habían luchado en la guerra, «nunca vieron un imperialista, ni conocieron el poder del capitalismo... Hay dos posibilidades. Es posible que continúe desarrollándose la revolución orientada ha-

MÁS ALLÁ DE LAS CUATRO MODERNIZACIONES

**DE LA
COMUNA A
LA PARCELA**

cia el comunismo, o bien la juventud podría negar la revolución y ofrecer un lamentable espectáculo: concertar la paz con el imperialismo, protover el retorno de Chang Kai Chek, y apoyar a la pequeña proporción de contrarrevolucionarios que todavía viven en el país». En cierto modo, todo eso que Mao preveía se ha cumplido. Empleando un léxico menos dramático, cabría decir que la revolución comunista ha dado paso al redescubrimiento del mercado y dé la empresa privada; la juventud de los «trajes Mao» de uniformes monótonos de algodón azul, se viste hoy con vivos colores y «se occidentaliza» en sus gustos y aficiones; se negocia con las multinacionales, que se mueven en China como el pez en el agua... y se envía desde Pekín un mensaje de condolencia a Taipeh por la muerte del hijo de Chang Kai Chek.

Todo este cambio arrancó del pleno del Comité Central del partido Comunista Chino, celebrado en diciembre de 1978 —la gran oportunidad del retornado Den Xiao Ping tras su destierro por Mao—, que enterró definitivamente lo que quedaba de la revolución cultural. Y se pusieron en marcha las cuatro modernizaciones, cotí los cambios que se han vivido en los últimos tiempos, y cuyos resultados son hoy objeto de análisis y comentarios de todo tipo. Sucesivamente, a lo largo de las páginas siguientes iremos viendo lo que todo ese cambio ha supuesto y puede suponer para la agricultura, el desarrollo industrial, y la política y la sociedad en general.

En la agricultura, se ha pasado del sistema de comunas, como proyecto de colectivización total, al sistema generalizado de parcelas familiares individuales. El papel de la comuna se ha visto limitado al de una unidad político-administrativa, que ya no puede controlar el uso de la tierra, que teóricamente para un plazo de 15 años se ha distribuido entre los campesinos, de modo que cada uno en su parcela procede con amplia libertad de decisión. El poseedor de la parcela se compromete a entregar la cantidad prevista de bienes a los almacenes del Estado, a un precio fijado previamente. Pero puede disponer del resto de su capacidad de producción para los mercados libres, que cada vez frecuentan más los ciudadanos de toda China en busca de las mejores calidades, y en los cuales los precios son superiores a los oficiales. Incluso cabe la posibilidad de que los agricultores puedan subcontratar total o parcialmente otras parcelas de los menos decididos, y emplear trabajo ajeno, ihasta un límite teórico de siete personas, tope que puede superarse fácilmente con algunos subterfugios.

Con el nuevo «sistema de responsabilidad» —como oficialmente se llama— los aumentos logrados en la producción se califican unánimemente de prodigiosos. Hoy China es autosuficiente en la mayor parte de los productos alimenticios básicos, habiendo quedado muy lejos las severas penurias del pasado. Los mercados están abastecidos de toda clase de productos alimenticios. Y nos guste o no la gastronomía china, los restaurantes populares se ven atestados de gente, por los mismos que llenan las tiendas a todas horas comprando, y los mismos que se mueven sin cesar por las calles arboladas de las grandes ciudades por donde circulan millones y millones de ciclistas en un continuo ir y venir.

Los críticos al sistema de responsabilidades hacen observaciones muy duras a las posibles consecuencias de la comentada especie de contrarreforma agraria. El campo, se dice, se *ha* fragmentado en muchos casos hasta situaciones casi límite, que hacen difícil la mecanización. Y la insolidaridad entre el campesinado se hace cada vez más patente, pues empiezan a ser usuales nuevas formas de egoísmo, y robos de productos y de agua; frente al espíritu de solidaridad que antes se preconizaba en una perspectiva socialista. Luego volveremos sobre estos temas, al intentar globalizar nuestras reflexiones sobre la transformación que se está produciendo en la economía y en la sociedad de China.

Los excedentes empresariales de los nuevos agricultores, que según muchos observadores están enriqueciéndose de forma ostensible (lo cual se aprecia ya en su forma de vida), se transfieren a la creación de industrias rurales, que se constituyen por doquier con carácter individual, familiar o con arreglo a verdaderas fórmulas societarias; un movimiento que de hecho despertó durante la Revolución Cultural, cuando el caos imperante obligó a las zonas rurales a *organizar* su propio autoabastecimiento de productos industriales. Hoy, ese movimiento se ha generalizado, y no reconoce otros límites que aquellos sectores en los que por razones técnicas son necesarias grandes economías de escala (siderurgia, cemento, construcción pesada, etc.). Por otro lado, son miles y miles las empresas de ámbito rural que trabajan para abastecer de piezas y partes a las fábricas de las ciudades, que en vez de ampliar prefieren disminuir sus capacidades autárquicas para entrar, como en algo completamente normal, en la vía de la subcontratación.

Pero aparte de las repercusiones que los cambios en la agricultura inducen de forma secuencial en la industrialización, lógicamente también están produciéndose mutaciones concebidas directamente para el sector industrial. En los tiempos de Mao, la preocupación en alimentación se centraba en la producción de cereales; y en el caso de la industria, se polarizaba en la siderurgia. Hoy, ambos objetivos están prácticamente cubiertos, y como se puso de relieve en los planes quinquenales 6.º y 7.º (1981/85 y 1986/90), las prioridades se dirigen a resolver los tres cuellos de botella más importantes: en la energía, para poner fin a las severas penurias del suministro de electricidad; en el transporte, los ferrocarriles requieren una drástica modernización para atender a los impresionantes aumentos de las necesidades de carga; y en las telecomunicaciones las mejoras son precisas para agilizar la economía china en sus relaciones internas y exteriores.

Pero aparte de esos tres objetivos prioritarios, que se sitúan todavía por entero en el sector público, los esfuerzos de la nueva política económica se dirigen a elevar la eficacia industrial, a rentabilizar las inversiones, y a superar definitivamente las aberraciones en que se cayó con la planificación centralista y la sumisión de todas las capacidades a las decisiones de los órganos del partido. Por otra parte, en la idea de que la tercera guerra mundial era inevitable, la política industrial de Mao favoreció la autosuficiencia de cada una de las provincias, e incluso concentró grandes esfuerzos en las llamadas «regiones del tercer frente» —en el inte-

**PROBLEMAS
PARA EL
DESARROLLO
INDUSTRIAL**

rior del país en torno a Sechuán— para formar en ellas un reducto frente a posibles invasores al margen, desde luego, de cualquier criterio de coste.

La política de Mao de fuerte descentralización, tuvo algunas ventajas, en cuanto a evitar grandes migraciones, e impedir el crecimiento *en mancha de aceite* de las grandes ciudades; ya que propició la promoción de industrias en el campo y en las pequeñas y medianas ciudades. Pero esa política fue también el origen de muchas complicaciones e ineficiencias, que todavía están latentes, y que inciden en los mecanismos industriales de la China Popular de hoy. Para tratar de ir resolviendo esos problemas, la nueva política económica se ha planteado toda una serie de objetivos, que podríamos resumir en dos rúbricas: una cierta desregulación, y la creación de las zonas económicas especiales.

DESREGULACIÓN «A LA CHINA»

En el campo de la desregulación, las nuevas normas permiten a las empresas dedicar una parte de sus beneficios a atender al mejor desarrollo de las inversiones, o para pagar *pluses* incentivadores a sus trabajadores. Asimismo, es factible vender en el mercado libre todo lo que se produzca por encima de una cierta cantidad oficialmente establecida. E incluso puede retenerse parte de las divisas obtenidas por exportación una vez se superen determinadas cotas. También es importante, en la senda de flexibilización que comentamos, la existencia del derecho de despido de los obreros ineficaces por parte de la empresa, y el acceso cada vez más libre al crédito bancario. La culminación de todas esas nuevas fórmulas, es la posibilidad de vender acciones a los propios obreros, a otros ciudadanos, o incluso en la bolsa de valores que se está formando paulatinamente. Se ha llegado, incluso, a decretar la posibilidad de que las empresas se declaren en quiebra.

Pero no todas las decisiones se forman vía leyes y decretos. Hay también, impregnándolo todo, una cierta doctrina oficial, que busca la eficacia y la modernización con una obsesante preocupación por la tecnología y la organización de empresas de cara al futuro. Buena muestra de ello es el que autores como John Naisbitt, con su libro «Megatrends», y Alvin Toffler, con su obra «La tercera ola», son auténticos *best-sellers* en China. Así lo ha puesto de relieve Lynn Pan en su libro «The New Chinese Revolution», quien agrega que incluso cabe hablar del resurgimiento, por analogía con lo que Max Weber atribuyó al protestantismo en relación con el capitalismo, de una ética neoconfucianista, favorecedora de los hábitos de eficiencia y laboriosidad, que está reintroduciéndose en China, después de tanta descalificación en el pasado hacia Confucio por los admirados chinos de ultramar. Como también inciden en este aspecto las implantaciones de las primeras escuelas de administración de empresas, que están promoviendo en China instituciones de este tipo de Estados Unidos, Canadá, Japón, República Federal de Alemania, y globalmente la Comunidad Europea.

ZONAS ECONÓMICAS ESPECIALES

El segundo instrumento para estimular la productividad y el crecimiento industrial, y también el desarrollo de toda clase de servicios, son las zonas económicas especiales (ZEE), de las cuales

la primera y más importante experiencia es la de Shenzhen, en la frontera misma con Hong-Kong, que se puso en marcha, no solamente para aprovechar excedentes de capital del enclave británico, sino para preparar psicológicamente el retorno a la soberanía china de esos territorios (en 1997), y del Macao portugués ¡(en 1999).

Shenzhen significa que China reconoce toda una serie de posibilidades a la empresa privada extranjera, en un territorio delimitado claramente. Lo cual ayuda —insistimos— a garantizar la oferta de mantener el sistema económico capitalista en Hong-Kong y Macao, y también en Taiwan el día de mañana, desde el punto y hora en que la propia China admite ya, en su territorio, el principio de «un Estado y dos sistemas».

En las zonas económicas especiales, se impulsa, pues, la iniciativa extranjera, con toda clase de facilidades y sin burocracias, para traer a suelo chino industrias de alta intensidad de capital, y con tecnologías de punta y nuevas formas de organización, que luego pueden ser un modelo para el resto de China.

Como ya hemos dicho, la zona económica especial de Shenzhen, fue la primera en establecerse, en 1980. Y sus resultados fueron tan espectaculares, que en 1984, después de visitarla, Deng Xiao Ping decidió la apertura de otras 14 ZEE con sistemas básicamente idénticos, a las que en 1988 se ha unido la decimoquinta en la Isla de Hainán. Así, Deng se enfrentó a los críticos, que han subrayado cómo el éxito de Shenzhen se debe, sobre todo, a la proximidad de Hong-Kong, y a la discriminación que origina entre los ciudadanos chinos, empezando por la circunstancia de que los salarios en Shenzhen — las cifras son de 1986— se sitúan como media en 79 dólares al mes (unas 11.000 ptás.) frente a niveles salariales en torno a la mitad de esa cota en el resto de las grandes ciudades chinas (recuérdese a efectos comparativos que con los tipos de cambio convencionales, los precios chinos son, por lo general, verdaderamente irrisorios).

La política de las zonas económicas, se complementa con la apertura de la economía china al exterior por la vía de las empresas mixtas. El paradigma de este segundo método es! Coca Cola desde hace ya varios años; y más recientemente la industria hotelera internacional, especialmente las cadenas Sheraton, Holliday Inn y Sangri La, que han construido, en todas las ciudades importantes, hoteles que causan el asombro a quienes los ¡Visitan por primera vez; y que, sin duda, van a contribuir de manera decisiva a la presencia de más y más ejecutivos y técnicos del exterior en China, y al fomento de un sector turístico al que cada vez se dan más facilidades, y que seguramente, en 1987, romperá la barrera psicológica del millón de visitantes. Una de las últimas!noticias, de la prensa china en lengua inglesa, que incorporé a mis notas para este trabajo, consiste en la decisión oficial del gobierno de Pekín —agosto de 1987— de eximir por entero del impuesto sobre la renta a los expertos técnicos extranjeros radicados en China durante los tres primeros años de su estancia.

Todo lo que hemos ido examinando con anterioridad, todo lo que está pasando en China en definitiva, no puede atribuirse,

EL ÉXITO DE DENG

ENTRE DENG Y EL FUTURO

**LOS
CAMBIOS
DAN
ESPACIO
PARA EL
OPTIMISMO**

como es más que obvio, simplemente a la imaginación y al genio político de Deng Xiao Ping, que, a sus 80 años largos de edad, sabe que no le queda mucho tiempo por delante antes de —como él mismo dice irónicamente— «irse a ver a Marx»...

La realidad es que todos los cambios y transformaciones forman parte de un impulso global, ciertamente desencadenado por Deng y sus colaboradores más cercanos (Zhao Ziyang y Hu Yaobang), pero, por lo que parece, con el apoyo de una abrumadora mayoría del pueblo chino, que quiere vivir algo mejor, tener más libertades, y pensar en un futuro más brillante.

Evidentemente, las críticas no afloran con la misma facilidad que los grandes elogios a la nueva política oficial. Pero esas críticas, que vienen de los observadores que conocen bien el país, hablan de un resurgimiento del egoísmo en las zonas rurales, al que ya hemos aludido con anterioridad; de un espíritu especulativo en la actividad industrial y comercial de quienes «quieren ganar mucho dinero a toda costa»; e incluso de un cierto entreguismo oficial a los intereses extranjeros con las zonas especiales y las facilidades para la inversión exterior, que en parte ya se comparan con el sistema de «concesiones» del decadente Imperio Chino, como consecuencia de los tratados desiguales que se le impusieron por las grandes potencias.

El futuro de China se basa oficialmente en los logros conseguidos desde diciembre de 1978, cuando se pusieron en marcha las cuatro modernizaciones. En los nueve años transcurridos hasta el XIII Congreso Nacional del Partido Comunista Chino, celebrado en Pekín, en octubre de 1987, los cambios dan espacio para el optimismo. Así lo ponía de relieve Zhao Ziyang, Secretario General del PCCH, en su discurso inaugural, en el cual puso de relieve los principales avances:

«—La inmensa mayoría de los mil millones de habitantes del país ya tiene asegurados su sustento y su vestido. Algunas zonas comienzan a desarrollarse rumbo a una vida modestamente acomodada; otras zonas todavía no han resuelto del todo el problema de alimento y vestido, pero han logrado ciertas mejoras».

«—Se han creado múltiples fuentes de empleo, tanto en la ciudad como en el campo. Nada menos que setenta millones de personas han encontrado trabajo en las ciudades. En las zonas rurales, han surgido, como una flamante fuerza, empresas de cantones y poblados; y ochenta millones de campesinos han pasado, o han pasado parcialmente, a actividades no agrícolas».

«—El abastecimiento en el mercado ha mejorado considerablemente, dando término, en lo fundamental, a la grave escasez de productos de consumo».

«—Se han modificado en forma notable las graves desproporciones que existían entre los importantes sectores de la economía nacional, de tal modo que ha entrado gradualmente en unas formas de desarrollo más armónicas».

Todo lo anterior, sobre los logros de estos últimos nueve años, constituye realidades incluso tangibles para el viajero. China ha experimentado un importante progreso, y la reforma y la apertura han quebrantado la fosilizada estructura económica anterior, agili-

zando la economía, en la dirección de un nuevo sistema que ellos mismos llaman «mercantil-socialismo», que sigue considerándose como una parte de la etapa primaria del socialismo, a la que contribuyen para sustituir la revolución burguesa que en China nunca llegó a producirse.

De cara al futuro, también hubo observaciones en el XIII Congreso del PCCH, que pueden sintetizarse con las propias palabras de Zhao Ziyang de la manera siguiente:

«*Primero*. Es preciso que concentremos nuestras fuerzas en la obra de la modernización. La tarea fundamental del socialismo consiste en desarrollar las fuerzas productivas. En su etapa primaria, a fin de librarnos de la pobreza y del atraso, es indispensable centrar todo nuestro trabajo en el desarrollo de las fuerzas productivas».

«*Segundo*. Es preciso que persistamos en la reforma en toda la línea. La sociedad socialista es una sociedad que avanza en medio de reformas. La reforma es una demanda histórica apremiante en la etapa primaria del socialismo, particularmente en el período actual, cuando las estructuras fosilizadas, fruto de largos años de formación, frenan seriamente el progreso de las fuerzas productivas».

«*Tercero*. Es preciso que persistamos en la apertura al exterior. Dado que las relaciones económicas internacionales de nuestra época cada vez se estrechan más, ningún país puede desarrollarse en aislamiento».

«*Cuarto*. Es preciso que, manteniendo como la principal la propiedad social, hagamos ingentes esfuerzos por desarrollar una economía mercantil planificada. Un pleno desarrollo de la economía mercantil constituye una etapa imposible de saltarse en el desarrollo económico de la sociedad y un indispensable requisito fundamental para la socialización y la modernización de la producción».

«*Quinto*. Es preciso que nos esforcemos por construir una democracia política con sujeción a la estabilidad y la unidad. El socialismo debe conllevar una democracia altamente desarrollada, un sistema perfecto de legalidad y un ambiente social de estabilidad».

«*Sexto*. Es preciso que, guiándonos por el marxismo, nos esforcemos por fomentar la civilización en lo espiritual; teniendo como objetivo la formación de hombres «con elevados ideales, integridad moral, amplia cultura y profundo sentido de disciplina»; tratemos de elevar las cualidades ideológicas y morales y el nivel científico y cultural de toda nuestra nación».

Todos los planteamientos hechos por Zhao Ziyang con ocasión del XIII Congreso del PCCH, implican una buena dosis de optimismo, y un planteamiento de cara al futuro que anuncia toda una serie de objetivos; incluso se empieza a acuñar una nueva terminología. Sin embargo, también hay escépticos sobre la continuidad sin sobresalto de la experiencia china, que no descarta la posibilidad de una marcha atrás como consecuencia de un principio de austeridad, de vuelta a las primeras esencias maoístas. Sinceramente, creo que esta eventualidad es cada vez más lejana.

**IMPOSIBLE
RETORNO
AL PASADO**

***MENOS
TENSION
CON LA UNIÓN
SOVIÉTICA***

***LAS MEJORES
PERSPECTIVAS
DE SU
HISTORIA***

Frente al paraíso que se les prometió en los primeros tiempos revolucionarios, los chinos ya han probado el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal... de la economía mixta e incluso del capitalismo; i y parece que no les ha disgustado. Un retorno a la austeridad, al centralismo y a los planteamientos heroicos, parecen planteamientos imposibles.

Por lo demás, esa confianza en el futuro de los dirigentes chinas, no cabe duda de que está relacionada con la atmósfera de distensión que ya se respiraba a finales de 1987 y que después ha venido confirmándose: la firma del tratado INF en Washington por Reagan y Gorbachov, el anuncio soviético de la retirada de sus fuerzas militares de Afganistán, y la nueva situación creada por la cooperación; entre el régimen camboyano de Phnom Pehn y el príncipe Norodon Sihanuk. Esos tres elementos de distensión, están contribuyendo a la desaparición de lo que era uno de los «dogmas» más importantes del pensamiento maoísta: la inevitabilidad de la III Guerra Mundial.

Y por añadidura, puede decirse que las tensiones chino-soviéticas, tan graves en el pasado, se han visto aminoradas no solamente por los nuevos vientos que soplan sobre Afganistán y Campuchea, sino además por el ambiente que ha creado en la URSS y en las relaciones con China la Perestroika. En cierto modo, puede decirse que la propia Perestroika está influida desde sus propios orígenes por el espíritu de las cuatro modernizaciones, que se configuró en 1978 y que empezó a incidir en la nueva política soviética abordada en 1985. Muchos en la URSS podrán o no estar de acuerdo con las reformas en curso. Pero no cabía seguir en el; desastroso desfase tecnológico y económico, cada vez más agudo i respecto a Occidente, con la esclerosis de las propias estructuras políticas y económicas. Y aún más, lo que difícilmente podrían haber aceptado los soviéticos es toda una oleada de incipiente prosperidad en China, con el mantenimiento de toda clase de penurias en la URSS.

En definitiva, las buenas noticias que llegan sobre el futuro de China, son parte de una buena noticia todavía mucho más amplia. El futuro de China presenta hoy posibilidades nunca igualadas en su historia: la estabilidad política, la mayor flexibilidad en todos los órdenes, el propósito decidido de seguir adelante en las reformas, un nuevo internacionalismo. Son, todos ellos, factores que hacen pensar que el más viejo país del mundo está encontrando una senda para muchos decenios, en la que el progreso, sin duda con muchas contradicciones, permitirá situaciones políticas y sociales hoy difíciles de prever; pero sin duda mejores que las del pasado y del presente, lo cual, creo, debe alegrarnos a todos. Y mucho. Si Napoleón levantara la cabeza...